

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 277

Valencia, 5 de Noviembre de 1937

María Carbonell, 2

La democracia, humillada

Hacia una nueva política internacional

Si tenemos siquiera la cortesía de atribuir a las potencias democráticas suficiente sensibilidad para guiarse por los resultados de su política, tenemos que admitir que no pueden estar muy distantes de adoptar otra muy distinta de la que hasta ahora han seguido. Lo que con su conducta han logrado en España no hace falta repetirlo: lo saben hasta en la Sociedad de Naciones. Hay un poco más de novedad en los efectos que se manifiestan allende nuestras fronteras. En vista de lo que Francia e Inglaterra han tolerado a propósito del conflicto español, y de lo indecisos que se muestran ante las provocaciones que, de cuando en cuando, alcanzan a sus intereses vitales, el Japón ha creído oportuno entregarse a la totalitaria tarea de asesinar chinos al por mayor, con el mismo propósito de obligar a los supervivientes a «cooperar» con los nipones en el desenvolvimiento de la China. Inglaterra, naturalmente, desaprueba estos procedimientos y pretende que su antigua aliada oriental se convierta a los suyos, consistentes, como es bien sabido, en conferencias, negociaciones, discursos, notas y demás remedios empleados en relación con la guerra internacional de España. Respuesta del Japón: rechazar esas monsergas; conspirar, en compañía de Italia y Alemania, contra el Imperio británico; y, en ciertos círculos, pedir la ruptura de relaciones con Inglaterra. En cuanto a las amigas totalitarias del Japón, cada día parece que se alejan más de las potencias democráticas, que tanto han sacrificado por atraérselas.

En el Comité de Londres no se ven probabilidades de ninguna aproximación sincera entre los dos bandos principales. Fuera de allí cunden los desórdenes por territorios que dependen de Inglaterra o de Francia, y se culpa de ello a los Gobiernos totalitarios. Italia, contrariada porque Eden ha osado decir que ningún Gobierno tiene derecho a pedir concesiones si no está dispuesto a otorgarlas —¡si será atrevido el ministro de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña!—, insinúa vagas amenazas; y, por otra parte, retira su embajador en París porque Francia no está dispuesta a llamar rey-emperador al pobrecillo Víctor Manuel, que tan feliz era antes del fascismo, dedicado en cuerpo y alma a coleccionar monedas. Hitler, por su parte, anda ahora pensando en una movilización general para asustar a los pusilánimes y en reunir el Reichstag para reclamar públicamente colonias. Y por si todo eso pareciera demasiado teatral y no surtiese el efecto que se busca, se habla también de un Tratado entre Alemania, Italia y Japón, ya no sólo contra el comunismo, sino también contra Inglaterra, a quien quieren obligar a reformar, por lo pronto, el mandato de Palestina, y contra quien harán una intensa campaña en el mundo musulmán. Menos mal que no se dice que entre agravar el Pacto Oliveira Salazar, con quien, según se nos dijo hace pocos días para tranquilizarlos, Inglaterra no pierde la esperanza de llegar a entenderse.

Dentro de sus propios países, los Gobiernos democráticos están viendo claramente los efectos de su política, por demás conciliadora y to-

lerante. El proletariado les pide con insistencia que salgan del territorio español los combatientes extranjeros y que se le devuelva a la España republicana—al Gobierno legítimo—el derecho a comprar e importar armas y municiones. Poco más o menos, lo mismo que piden diversos partidos políticos populares y los numerosos manifestantes que de vez en cuando recorren las calles de las capitales de los países democráticos, y las elecciones municipales o cantonales han venido a remachar el clavo. Ayer, en Francia; hoy, en Londres, obtienen el triunfo precisamente los partidos que exigen justicia —justicia activa— para la República española.

No debería, pues, sorprendernos que los Gobiernos pacifistas resolvieran, al fin, desechar la baraja de la no intervención y emplear otra nueva. Son empujados a ello por Alemania e Italia, y arrastrados en la misma dirección por sus propios pueblos.

Ya se habla de que Inglaterra piensa mandar una escuadra a los puertos de las Baleares donde haya barcos de la flota italiana. Y como cosa más segura, se nos anuncia que Inglaterra empezará en breve a radiar programas en español, portugués y árabe; en esta última lengua, particularmente, para contrarrestar la campaña que Italia lleva a cabo, entre los musulmanes, en contra de Inglaterra, lo cual, aunque parezca que no nos toca de cerca, es un síntoma no poco favorable para nosotros. Hace pocos meses, cuando Chamberlain se hacía la ilusión de que el *duce* estimaría que se le tratara como a un *gentleman*, el Consejo de ministros acordó que Eden le pidiese a Mussolini —a pesar de que había tenido un disgusto personal con él— que suspendiera la campaña entre los árabes, Eden se humilló y logró su objeto, por el momento.

En los círculos diplomáticos se dijo entonces que el precio había sido el dejarle a Mussolini manos libres en la cuestión española. Al reanudar Italia la propaganda en árabe y decidirse Inglaterra a contrarrestarla, debemos suponer o que no fué cierta aquella apreciación diplomática o que no puede Inglaterra satisfacer los deseos de Italia en lo tocante a España. Y ya era hora de que dejaran de sacrificar nuestros intereses por atender demasiado a los totalitarios.

Se ha dicho que el cuidado excesivo con que Inglaterra y Francia caminan hacia el lógico desenlace del problema español, tiene por objeto evitarle a Italia una humillación contraproducente. Pero se ha llegado tan lejos en ese empeño, que son Francia e Inglaterra quienes han pasado por la humillación que quisieron evitarle a su rival; humillación de la cual sólo podrán remediarlas los hechos que esperamos con impaciencia, y que, aunque no sea más que por esto, nos parece que se aproximan con calma despiadada.

(«El Socialista», 3-XI-937.)

Este BOLETIN se reparte gratuitamente

**“UNA
puerta cerra-
da ha dejado
pasar a ciento cin-
cuenta mil hombres”**

**Cómo comprende Mussolini
la No Intervención**

Según informes de fuente fidedigna, la marina real de guerra y la marina mercante, realizan grandes preparativos en todos los puertos italianos del Mediterráneo.

Todos los navios libres del “Lloyd Trestino” están movilizados para el transporte de tropas, so pretexto de repatriar (!) dos cuerpos de ejército de España.

La prueba de que estos transportes están destinados a conducir tropas a España, reside en las órdenes que se han cursado para las entregas sucesivas, en seis meses, de cuarenta mil toneladas de azúcar y carne congelada. Por otra parte, todos los buques-cisternas que transportan gasolina han sido requisados.

Ahora más que nunca, es verdad la observación irónica del “Manchester Guardian”, cuando dijo que si Musset había escrito una comedia titulada “Una puerta tiene que estar abierta o cerrada”, “¡jello, en España, ha cambiado totalmente, pues allí, una puerta cerrada ha dejado pasar a ciento cincuenta mil hombres!”

J. L.

(«Le Populaire», 26-X-937.)

Los pacifistas ingleses piden el “boycott” de los productos ja- poneses y el libre comercio con España

LONDRES, 24. — El Congreso de la sección británica de la «International Peace Company», ha celebrado su reunión de clausura en el University College, y ha adoptado varias resoluciones, especialmente pidiendo al Gobierno británico que declare el *boycott* a los productos japoneses y que reconozca inmediatamente al Gobierno español el derecho a procurarse armas y municiones en vista de «la imposibilidad manifiesta de obtener una cooperación leal dentro del acuerdo de la no intervención».

(«Le Peuple», Bruselas, 26-X-937.)

En tercera página:

España, prenda negociable

Gran ofensiva de la propa- ganda hitlero-fascista en el Islam

En Londres, se han recibido noticias ampliatorias de la visita de Ribbentrop a Roma, que fué precedida del viaje a la misma capital del embajador del Japón en Berlín, firmante del «Pacto de Berlín anti-Komintern» del año pasado.

En los círculos ingleses han producido contrariedad las conversaciones tenidas allí por el embajador del Reich en Londres.

Se sabe que Ribbentrop, poco antes de partir para su destino en la capital de la Gran Bretaña, fundó en Berlín una oficina especial de Prensa para asuntos extranjeros. Esta oficina sigue funcionando, y tiene como principal actividad, la propaganda panárabe. Allí se dictan las normas que debe seguir la oficina panislámica de Munich, dirigida por el conde Durkheim.

El señor Ribbentrop ha tenido, con respecto a la vasta ofensiva panislámica, que se trata de emprender contra las posesiones francesas e inglesas, largas conversaciones con M. Starace, que dirige la oficina de propaganda panislámica italiana. De todos es conocida la importancia que en el pasado año tuvo esta oficina panislámica, y en particular uno de sus principales centros: Tetuán.

Parece ser que Ribbentrop se ha hecho eco de las impaciencias del *führer* cerca de Mussolini, en lo que concierne a la expansión alemana en la Europa central. Se deduce claramente que los italianos y los alemanes quieren, ante todo, ganar tres meses, pues dan por descontado que dentro de seis semanas la ofensiva nacionalista contra Almería y la que se tratará de emprender para separar a Cataluña de la frontera francesa, habrán dado sus frutos. Además, se ha decidido hacerlo todo dentro del Comité de No Intervención, para intentar poner a la U. R. S. S. en oposición a Francia e Inglaterra.

GENEVIEVE TABOUIS

(«L'Oeuvre», 26-X-937.)

Lo que busca Mussolini con sus habilidades en el Comité de No Intervención

Con las nuevas proposiciones trata de ganar tiempo para continuar su invasión en España, sin que se abra la frontera y sin que Inglaterra y Francia adopten una actitud decidida que le obligaría a retirar sus ejércitos

Con este título de «El juego de Mussolini», publica «The New Statesman Nation» un artículo estudiando el problema planteado por Italia con el envío de tropas de invasión a España.

Hablando de la retirada de esas tropas, hecho que hacía suponer las nuevas proposiciones del Conde de Grandi en el Comité de No Intervención, asegura que sería ingenuo creer en las palabras del fascismo.

Las nuevas proposiciones de Italia, lo mismo que las pasadas, —dice— no son más que una de tantas habilidades para lograr un nuevo e indefinido plazo dilatorio, durante el cual, y a pesar de la problemática inspección, continuarán enviando tropas y material bélico a Franco, mientras los Estados democráticos adheridos a la No Intervención ejercen el control en la frontera francesa.

El Conde de Grandi no habrá hecho en el Comité de Londres otra cosa que ganar tiempo, empleando todos los trucos posibles, hasta que fueron refutados con firmeza clara por parte de M. Eden y de Francia.

Ante esta actitud firme, Italia y Alemania se enfrentaron con una perspectiva ingrata. Se iba a desco-

rrer totalmente el telón del Comité de No Intervención, tras el cual trabajaron en su provecho durante tanto tiempo. Esto no les convenía. No podía convenirles porque en ese caso se abriría la frontera y probablemente afluiría un regular y adecuado suministro de armas al Gobierno español. Y, proporcionalmente, serían aumentadas las exigencias de Franco a una Italia insolvente.

El nuevo juego de Italia

Italia se vio en la precisión de recoger velas. Y pensó en hacer otro juego nuevo. Era la ocasión.

Y lo hizo: fueron sus nuevas proposiciones.

Al tomarse en consideración la retirada de voluntarios, Italia insistió en que ésta había de hacerse en número igual y no proporcional.

Como el número de extranjeros que combaten al lado de Franco es muchas veces mayor del que combate contra él, la ventaja para él y la injusticia para el Gobierno legítimo son clarísimas.

En segundo lugar, se habla de designar una Comisión que vaya a España a averiguar el número de

soldados extranjeros que combaten en cada uno de los lados.

Esta Comisión, al mismo tiempo que la inspección, debe realizar los trabajos preparatorios para la retirada de voluntarios. Pero su actuación puede ser indefinidamente prolongada.

Los miembros de ella, primero deben ser elegidos, después aceptados por el Gobierno de España y los fascistas, y Franco puede hacer esto en un plazo todo lo largo que le parezca.

Una vez en España, la Comisión tiene la difícil labor de contar el número de combatientes no españoles. Del lado del Gobierno español es posible hacer esto fácilmente, porque el Gobierno desea la retirada de las tropas extranjeras. Pero el trabajo de efectuar un censo de los soldados italianos y alemanes, si Franco no desea facilitar el proceso, será bastante largo, y puede ser imposible. La Comisión necesitará en la más optimista previsión, por lo menos, dos o tres meses para su delicada labor.

No se le ha ocurrido pensar a nadie que si los Gobiernos italiano y alemán estuvieran verdaderamente interesados en la retirada de tropas extranjeras, todo este fastidioso

procedimiento podría reducirse a unas simples conversaciones telefónicas con Berlín y Roma, puesto que allí tienen minuciosa y exactamente registrado el número de tropas extranjeras que se hallan al lado de Franco?

Italia y Alemania no quieren la retirada de voluntarios

Pero aún hay más. Ni salvado este difícilísimo escollo de conocer el número de tropas enviadas por Italia y Alemania se habría evitado las posibilidades del retraso que son el firme propósito italiano. Porque no es fácil saber, por las observaciones del Conde Grandi, qué procedimiento se ha de adoptar, cuando los números estén averiguados y probados.

Según el plan italiano, se han de garantizar a Franco los derechos de beligerante al mismo tiempo que se considera—¿por quién? ¿Por el Comité de No Intervención?—que se ha hecho una retirada suficiente de voluntarios.

Italia se ha salvado de Francia una vez más

Analizando todo esto se llega a la consecuencia de que Mussolini no ha hecho ninguna concesión. Al contrario, se ha salvado de Francia y ha evitado la apertura de la frontera. Tiene la seguridad de que es difícil que se llegue a una verdadera retirada y que puede seguir actuando en favor de Franco.

Hace pocas semanas que el señor Negrín, Presidente del Consejo de Ministros de España, decía a la Sociedad de Naciones que tenía una amplia información respecto a una expedición italiana considerable y perfectamente equipada dispuesta a invadir España. Y es significativo el hecho de que las tropas italia-

nas que han llegado allí en las últimas semanas, vayan, según se sabe, con equipos completos de invierno.

Las ofertas italianas, acogidas con optimismo en algunos sectores más que una mejoría en el problema de España, ocultan hipócritamente la iniciación de un ataque más violento al pueblo español.

Pero en la actitud de Italia queda patente un punto del que tal vez se pueda exprimir una gota de suelo.

El cinismo de Mussolini se ha descarado

En las últimas semanas el cinismo de Mussolini se ha descarado, se ha mostrado por completo.

Ha dejado caer esos pudorosos velos hipócritas, que son el tributo que el vicio paga a la virtud.

Cuando el país vasco fué destruido, felicitó públicamente con impudor, a sus tropas, no obstante haber negado oficialmente la existencia de ellas en España.

Su desafío a Inglaterra y a Francia se volvía, al fin, encendido.

Por eso ha cambiado de nuevo el tono en el Comité, y por eso se mostraría dispuesto también a formular una retirada diplomática—imaginándose esto como un merito—, con tal de prolongar la agnición del Comité de No Intervención. Y esto indica que su mano no es tan fuerte ni está tan firme como insinúan sus amigos.

También es admisible que Mussolini, al asumir de nuevo su actitud hipócrita, obedezca a serias presiones de Inglaterra y Francia. Pero desde luego Berlín ha temido que haber intervenido en una parte tan importante como eficaz.

(Continúa en la página siguiente)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

quiridos por ese mismo Gobierno en nombre del pueblo italiano. Fué la Prensa quien desenmascaró los procedimientos infames que el fascismo inauguró en el ejercicio de las funciones públicas, quien sacó a la luz las innobles imposturas y las mixtificaciones cínicas mediante las cuales se esforzó constantemente por engañar a la opinión del país, quien marcó con hierro candente a los sicarios—tales como ese conde Rossi, alias Bonaccorsi, entre centenares de ellos, que fué encargado el año último de colonizar las Baleares y de preservarlas de toda contaminación roja—de los cuales se servía en abundancia para ahogar la voz de sus adversarios más indomables. Fué la Prensa quien demostró al mundo civilizado la nulidad constitucional de la Cámara nacida de los llamados comicios electorales de 1924, quien persiguió a los asesinos de Piccinini, Di Vagno, Matteotti, Minzoni y Amendola y a sus instigadores, quien continuó, después de la secesión del Aventino, el combate de la oposición parlamentaria. Fueron, por último, los intelectuales italianos, prevaleciendo de la libertad de la Prensa, quienes elevaron su suprema protesta—la cual no fué para muchos de ellos más que meramente platónica—contra los propósitos sacrilegos de la dictadura y reivindicaron con orgullo, en un documento debido a la pluma de Benedetto Croce, la nobleza y la incorruptibilidad de su fe:

...la fe, que ha sido, desde hace dos siglos y medio, el alma de Italia, renace a la vida en la Italia moderna; la fe iluminada por el amor a la verdad y por la aspiración a la justicia y que se compone de sentimientos humanos, a la vez generosos e intransigentes, de celo para la educación intelectual y moral, y de solicitud para la libertad, fuente y garantía de todo progreso...

La experiencia aconsejaba al fascismo proceder con tal adversario—tan molesto, tan susceptible—con gran cautela, disimular sus intenciones y no descubrir prematuramente sus planes de ataque.

En un principio, no se preocupó más que de anunciar el propósito loable de proseguir, aun en

materia de Prensa, la estricta aplicación de la ley común. Maestro en el arte sutil de abuso de poder—arte cuyo ejercicio, a defecto de una investigación contenciosa independiente, no implicaba ya ningún peligro—daba por descontado que conseguiría, en breve plazo, el saneamiento del periodismo, por obstinado que fuese en el crimen del no conformismo. La policía, después de todo, pensaba, sabría, por sí sola, utilizando hábilmente sus recursos secretos, sacarle del aprieto.

En ese período fué cuando el Gobierno del Duce, al tiempo que negaba, indignado, la intención que se le atribuía, de abrogar las leyes en vigor, trató de ocultar sus intervenciones arbitrarias en ese campo, por medio de una interpretación fantástica de la norma dictada por el artículo 3.º de la ley municipal y departamental, según la que el prefecto estaba encargado de... vigilar todas las administraciones públicas y tomar, EN CASO DE URGENCIA, las medidas que estimase indispensables para la buena marcha de los diferentes servicios.

Así, merced a la falsificación grosera de una prescripción banal—cuya responsabilidad complacíanse en atribuir al antiguo sistema legislativo—los prefectos fueron autorizados a regular, a medida de su capricho, o según las instrucciones que les llegaran de arriba, toda manifestación de la Prensa.

Este método de lucha—aunque permitió las prácticas más deshonorables y las persecuciones más feroces—, resultó, sin embargo, inútil para modificar de una manera duradera la suerte de la batalla que se había emprendido entre el fascismo y las oposiciones. A pesar de tropezar con las mayores dificultades, a pesar de estar expuesta constantemente a los más graves riesgos, a pesar de verse obligada a cambiar constantemente de táctica y a renovar sin descanso su armamento, la Prensa italiana seguía conservando—indomable e intangible—, sus posiciones de combate.

Desafiando la censura, el secuestro, los asaltos periódicos a sus redacciones y a sus imprentas, rechazando con desprecio los chantajes más innobles y las ofertas más seductoras, todos los periódicos dignos de este nombre continuaron manteniendo con honor el papel que les correspondía de seguir siendo, a toda costa, los intérpretes fieles del estado de ánimo de la nación, los relatores incorruptibles de las reacciones más profundas y más íntimas de su conciencia.

A pesar de que la cayada prefectural se metamorfoseaba con tanta facilidad, ora en látigo, ora en matraque, la Prensa italiana no cesaba de arrancar al enemigo topoderoso, cuya voluntad se iden-

tificaba con el poder legal, ruidosas victorias. Un tras otro, cada golpe daba en el blanco.

Por sus indiscreciones, los concusionarios de camisas negras que desvalijaban al Estado so pretexto de sanear... las Lagunas Pontinas, fueron desenmascarados: el Gobierno, cómplice, no tardó en comprender que, por caro que ello le costase, tenía más remedio que zafarse de sus responsabilidades y perseguir a sus cabezas de turco.

El Subsecretario del Interior, Finzi, y el director de Seguridad, De Bono, fueron persuadidos por la Prensa despreciable de la oposición, que, en una campaña irresistible, afrontó todas las prerrogativas de la autoridad oficial, de haber contratado, armado y ocultado a los asesinos de Giacomo Matteotti. El mismo Duce, sorprendido in fraganti, decidió, con la esperanza insensata de aplacar el encauzamiento de sus perseguidores, a ceder su puesto de ministro del Interior al diputado nacionalista Federzoni. Una admirable hojita republicana que por sí sola mantenía el fervor de los militantes, se atrevió a acusar al jefe de la sacrosanta milicia de la Seguridad nacional, de haber sido el instigador del asesinato de don Minzoni. Llevada ante el Tribunal de Roma para responder del delito de difamación, presentó triunfalmente la prueba de lo que había dicho, y su gerente fué absuelto. Balbo, el joven héroe de la sotabarba, se vió también obligado a abandonar, inmediatamente, sus altas funciones.

No hacía falta más para que el fascismo se convenciera de que—frente a semejantes adversarios—perdería, en breve plazo, irremediablemente, la partida. Para lograr la impunidad, el crimen en una sociedad policiaca, reclama la oscuridad y el silencio.

Forzoso le fué, pues, al fascismo, para asegurar el desarrollo de la revolución que encarna, resignarse a recurrir a un remedio extremo, la supresión íntegra y definitiva de la libertad de Prensa. Así lo hizo, gradualmente, por los decretos del 2 de julio de 1923, número 3.288 (publicado el 8 de julio de 1924), del 4 de marzo de 1926 y del 26 de febrero de 1928, y por la ley del 31 de diciembre de 1925, número 2.307.

No necesito entretenerme en analizar la situación que se creó a la Prensa italiana como consecuencia de la aplicación de estas medidas legislativas. Todo el mundo sabe que, desde hace diez años, no hay un solo periódico político en la península que no pertenezca directamente, o por medio de un intermediario, al partido fascista. Habiéndose prescrito la ley, por una parte, que sólo al partido fascista corresponde prácticamente el honor de intentar los títulos que capacitan para el ejercicio de

La visita de Mussolini a Hitler no tuvo el éxito que la propaganda le atribuyó

La visita de Mussolini a Hitler no debió resultar tan ventajosa como se dijo por los interesados.

El Reichswer no diría nada a una alianza militar con Italia; pero respecto a un juego de ventaja, apoyándose en la fuerza de Alemania, es muy verosímil que Hitler le hiciera saber que era imprudente llevándolo muy lejos.

Es posible que le dijera que podía contar con el apoyo alemán en caso de guerra, pero sin juegos y sin habilidades.

Pero como los riesgos de una guerra son mayores si se abre la frontera y la mejor posición para Mussolini es hacerla hipócritamente, mientras la frontera está cerrada y la discusión continúa, trata de

conseguir esa ventaja con nuevas dilaciones.

Además, Mussolini, con el enorme sumidero de Abisinia, con sus proyectos de ocupación y fortificación en el Mediterráneo, no puede menos de reconocer su fragilidad financiera.

La repentina imposición de un embargo sobre el capital, después de un largo período de inflación y alta tributación, es un hecho serio y expresivo.

Lo que indica el último juego de Mussolini es que necesita un nuevo plazo, —durante el cual espera intensificar su intervención en España— y el hecho de que él mismo lo pida denota que teme que se abra una puerta...

Y también demuestra que si fuese fuertemente presionado por Inglaterra y Francia tendría que retirarse de España.

Sin más habilidades.

El Gobierno de Roma necesita pilotos de Aviación a cualquier precio...

¡No querrá decir eso que quien los necesita es Franco!

ROMA, 3 (11 m.). — El Consejo de ministros ha aprobado un decreto en el que se dictan reglas para acelerar el reclutamiento de pilotos para Aviación en todas las provincias italianas.

El Gobierno ha dictado esta disposición en vista de que hasta ahora no se encontraban pilotos en suficiente número para las necesidades de la aviación militar. —(Argos.)

Los traidores se protegen Franco le da un cargo al sanguinario Martínez Anido

PARIS. — El corresponsal de la Agencia Havas en Salamanca, comunica que el cabecilla Franco ha creado la Dirección de Seguridad interior y Fronteras, cuyo titular será Martínez Anido, ex ministro de la Gobernación en la Dictadura de Primo de Rivera. —Fabra.

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

FRENTE INTERNACIONAL

España, prenda negociable

Cada día aparece más claro que España es para los Estados totalitarios prenda que les sirve para negociar cuentas pendientes con aquellas potencias que sacaron mayores ventajas del Tratado de Versalles. Nos referimos a las potencias que vieron colmadas sus ambiciones de expansión y son ahora pacifistas porque se sienten satisfechas.

Cuando «The Times» escribe, en un sensacional artículo sobre las colonias de que fué desposeída Alemania, que «no hay razón alguna para que España sea el obstáculo permanente que obstruye el camino de los dos países (el Reich y la Gran Bretaña)», tergiversa los términos en que debería plantearse, en justicia, la situación internacional. Porque la ingerencia de Hitler en los asuntos españoles no es la causa, sino un efecto del pleito de las reivindicaciones coloniales de Alemania.

La atroz guerra de España no impide que los Gobiernos de Londres y Berlín lleguen a una inteligencia; por el contrario, habría bastado que Inglaterra, sacrificando un poco de lo que le sobra, hubiese afrontado, en su tiempo, con espíritu generoso, la insatisfacción alemana, para conseguir del *führer* —que no se ha dejado arrastrar, según «The Times», en proporciones considerables a la aventura española— una retirada oportuna, dejando a Mussolini toda la responsabilidad de lo que ocurre en la Península Ibérica.

El hermético e inaccesible egoísmo de Inglaterra, al negarse a tratar con Alemania el problema colonial, acabó de complicar la situación derivada de las intromisiones extranjeras en nuestra guerra interior.

Ya sabemos —lo acaba de confirmar sin rodeos el primer lord del Almirantazgo en la Cámara de los Comunes— que de lo que sucede en España sólo interesa al Reino Unido

«mantener libres sus vías de comunicación por el Mediterráneo». Pero esta indiferencia ante los atropellos que se pueden cometer contra el derecho de los demás, feroz egoísmo incompatible con aquellas consideraciones de orden moral, que en cierto modo justificaban la hegemonía británica, nos ha conducido a la actual confusión, funesta para la paz del mundo.

La misma política de no intervención fué adoptada por las potencias democráticas egoístamente, para ponerse a salvo de las salpicaduras del conflicto español, dejando a los Estados agresores que hicieran en España su voluntad, a condición de que solamente los españoles tuviéramos que sufrir las consecuencias del «gangsterismo» fascista. Aunque no se puede hacer leña sin que salten astillas. Y la interdependencia que impone nuestra época en los intereses internacionales, además del malestar progresivo derivado del Tratado de Versalles, cuya vigencia no puede soportar Alemania «dentro de los moldes de veinte años atrás» —son también palabras del «Times»— encontraron en los sangrientos sucesos de España el más eficaz incentivo para el desorden general.

Hoy está todo descompuesto, y es en vano que se intente salir de la espantosa confusión reinante por los mismos caminos que han hecho desembocar en la misma los problemas que han de ser mirados todavía como pertenecientes a la liquidación de la Guerra grande.

El Comité de Londres, que en el año que lleva de existencia precaria, sólo ha servido para intensificar la intervención contra la cual había de emplearse como antídoto, seguirá siendo instrumento que aprovechan los Estados intervencionistas para inmovilizar todo esfuerzo encaminado a retornar el conflicto de

(Continúa en la página siguiente)

la profesión de periodista, y habiendo atribuido, por otra, al Gobierno, los poderes más amplios, ya para la aceptación del director y de los propietarios del periódico o revista, así como para la investigación de sus recursos financieros, ya para el ejercicio de la censura previa, que podía implicar la supresión de cualquier órgano de la Prensa, fácil les fué a los dueños del Poder apoderarse, casi sin gastar un céntimo (el dinero disponible no era, en todo caso, sino el de los contribuyentes) de todas las empresas que desempeñaban un papel cualquiera (o susceptible de desempeñarlo), en este dominio.

En pocos meses, todos los periódicos italianos sometidos, sin defensa posible, a toda una maniobra de reducciones, de *chantages* y de intimidaciones, se hicieron fascistas. La conversión al fascismo abarcaba, como es natural, no sólo el pensamiento, sino los ingresos. De esta suerte se constituyeron grandes prebendas en beneficio del partido y de sus hombres de confianza. Para redondearlas, no se omitió el imponer, pronto, a título de diezmo, a todas las instituciones públicas y a las empresas industriales o comerciales, así como a toda otra agrupación de productores o de consumidores, inscripciones a todos los periódicos nacionales o locales que mereciesen especial acogida por parte del régimen.

El duce y su familia no fueron los últimos en comprobar que esta cruzada en pro del renacimiento, por medio de la Prensa, del sentido cívico, iba a contribuir poderosamente a acrecentar su fortuna personal. Si Hitler, hasta su arribo al Poder, había conservado, para garantizar la sencillez de su vida, una participación financiera en todos los periódicos nacionalsocialistas, contentándose, una vez convertido en canciller, con imponer al pueblo alemán dos millones de ejemplares de su libro *Mein Kampf*, al precio de 7'20 marcos, Mussolini consideró que sería inconcebible que habiendo sido investido del dominio absoluto del pueblo italiano, desdenar la propiedad exclusiva de *Il Popolo d'Italia*.

No nos debe extrañar que por efecto de la puesta en vigor del nuevo Estatuto fascista de la Prensa, el asunto de *Il Popolo d'Italia* haya experimentado, de repente, beneficios considerables, y haya visto desaparecer para siempre todo lo que pudiera comprometer la supervalorización progresiva de los capitales invertidos en su publicación. La pequeña editorial, siempre deficiente, se halló convertida, de un día para otro, en una auténtica mina de oro, sobre la que se podría realizar en todo momento y con toda tranquilidad las especulaciones más fructíferas.

Esta incidencia económico-financiera de las disposiciones concernientes al nuevo régimen de Prensa, no fué, sin embargo —*honni soit qui mal y pense*— más que accidental. Lo que se proponía alcanzar el fascismo con sus intervenciones en el asunto, era la elevación de la dignidad moral del periodista, la depuración de las fuentes de donde brota la opinión pública.

Para alcanzar este fin, es suficiente utilizar las prerrogativas que el legislador se había complacido en concederle; revisar el reclutamiento del personal encargado de colaborar, no importa bajo qué título, en toda función de Prensa. En este sentido, la tarea terminó pronto.

Todos los periodistas de la oposición fueron excluidos, por la autoridad, de su categoría sindical e imposibilidades de ejercer, bajo cualquier pretexto, su profesión. Todos los demás periodistas, de opinión política no claramente definida, fueron, por otra parte, brutalmente situados frente a la siguiente alternativa: o el silencio absoluto, total, perpetuo, o la condena a muerte por hambre o silencio forzado, o el enrolamiento en las filas fascistas y la sumisión servil, so pena de las sanciones disciplinarias o penales graves en las nuevas jerarquías oficiales.

Al cabo de algunos meses, en lugar de una honorable corporación profesional que, aun ayer, se enorgullece de sus tradiciones de independencia, de bohemia, de adhesión desinteresada al ideal, no hubo más que una milicia, una verdadera milicia que funcionaba lo mismo que todas las otras, con sus generales y sus cabos, sus cuarteles y sus campos de maniobras, sus premios y sus castigos, no reconociendo a sus soldados otro deber más importante que el de renunciar previamente a toda opinión personal para poder ejecutar mejor —en cuerpo y alma— las órdenes de sus jefes.

Para dirigir esta nueva tropa y para asegurar su funcionamiento, se crearon dos altos mandos, en el seno mismo de los órganos más representativos del régimen, uno con carácter eminentemente político, otro encargado de funciones de orden administrativo y disciplinario: la Dirección general de los servicios de Prensa, cerca de la Presidencia del Consejo, y la Oficina de Prensa y propaganda de la dirección del Partido.

Fuó al primero al que correspondió durante un período bastante largo fijar las directrices políticas de todos los periódicos del reino y redactar las instrucciones a las que éstos debían, a la fuerza, someterse en la discusión de los problemas generales que les serían presentados en nombre y por inspiración del jefe del Gobierno. La Oficina de Prensa del Partido, se ocupaba, y se ocupa todavía,

de la explotación de todas las empresas de Prensa, de la colocación del personal, de la reglamentación de la carrera y de la distribución de la clientela. Es la que nombra los directores, los redactores, los administradores, que los despide y traslada; la que resuelve toda discusión entre periodistas y decide la creación de nuevos periódicos y la supresión o fusión de los que ya existen.

Al revelarse cada vez más importante y delicado el papel designado a la Prensa en la creación y conservación del nuevo ambiente nacional y al perseguir objetivos que suponían el cumplimiento metódico de esta misma función, reclamando una movilización cada vez mayor de fuerzas y de medios, no es de extrañar que el fascismo, para hacer frente, sin desfallecimientos, a todos sus deberes de dirigente máximo de las conciencias, se haya visto empujado a transformar rápidamente la Dirección general en un Ministerio. Hoy día, se ha convertido en un Ministerio de Prensa y Propaganda, que preside en Italia, con poderes dictatoriales, toda manifestación de actividad política, o, en general, de cultura, que tenga relación con la Prensa.

Son incontables los instrumentos de que se sirve para hacer efectivo y permanente el control sobre la producción en conjunto que se clasifica con el rótulo de: «Pensamiento impreso». No tengo, ciertamente la intención de enumerarlos en detalle, tanto más que la mayoría de ellos se refiere, en el fondo, al principio de estos procedimientos políticos especiales que ya he indicado. Me limito, sencillamente, a poner en evidencia que, entre todos estos instrumentos, la «orden del servicio» es quizá lo que caracteriza mejor la mentalidad y las ilusiones del régimen totalitario.

La «orden del servicio» es el tema de maniobra obligatoria, al que el miliciano-periodista debe limitar, cueste lo que cueste, su papel cotidiano. Cada mañana o cada noche, el director o redactor jefe de cada periódico italiano, recibe las órdenes a que debe, ciega y obedecer, para construir la obra colectiva que tiene bajo su responsabilidad. La verdad y la mentira dejan, desde este momento, de tener, para él, significación. Es verdad, lo que el ministro cree útil dar a conocer. Es mentira, lo que el ministro prohíbe que se divulgue. Solamente a este precio, el tono de una Prensa verdaderamente nacional, puede justificarse libre de cualquier desacuerdo; solamente a este precio puede estar asegurada la unanimidad del plebiscito.

Para dar una idea de los móviles a que obedece el ministro italiano de Propaganda en la redacción de sus instrucciones secretas a la Prensa, creo no deja de tener interés reproducir aquí algunas de

(Continuará)

España, prenda negociable

(Continuación)

España a sus dimensiones originales de guerra civil.

Mientras en Londres los representantes de Roma y Berlín embroman al Comité de No Intervención, fingiendo dar facilidades para la retirada de las fuerzas extranjeras que han invadido nuestro país, Mussolini insiste una vez más, en su discurso conmemorativo de la marcha sobre Roma, en que no puede haber paz europea si antes no se extermina al comunismo, «empezando por España», lo cual significa buscar la paz a través de la guerra.

También exige el *duce* la revisión del Tratado de Versalles, y que «el pueblo alemán recupere el puesto que le pertenece y que tenía bajo el sol del África. Sin olvidar, por último, que debe dejarse libre a Italia para que ensanche su Imperio con nuevas anexiones territoriales.»

Bajo estas condiciones, que implican el desconocimiento voluntario del derecho de los pueblos a darse a sí mismos la forma de gobierno que más les agrade; que impone un

nuevo reparto de mandatos y protectorados coloniales; que reivindica para el imperialismo fascista libertad ilimitada en la anexión de nuevos territorios, ¿qué esperanzas pueden ponerse en la presente actividad diplomática del Comité de Londres, ocupado en nombrar comisiones y discutir procedimientos para poner término a la invasión extranjera de España? Mañana, dentro de tres días o de un par de semanas, se habrá vuelto al mismo estado de cosas que significa para la paz estar pendiente de un hilo. Y España continuará sometida a la lluvia de hierro y de fuego que ha desencadenado sobre su cuerpo, sangrante y hecho pedazos, el invasor hambriento.

Eso, por supuesto, sin que se sienta conmovida la poderosa Albión, salvo cuando cree ver amenazadas sus vías imperiales, que es para ella lo único intangible en medio de la tempestad interna que tiene a Europa a un paso de la convulsión y a la paz suspendida sobre un negro abismo.

(«La Vanguardia», 30-X-937.)

La Delegación española en el XVII Congreso Geológico Internacional

Por el Profesor José Royo y Gómez

Durante los días 20 a 29 del pasado mes de julio, se ha celebrado en Moscú la XVII sesión del Congreso Geológico Internacional. Estas reuniones se efectúan cada tres años en el país fijado en la sesión precedente, teniendo, generalmente, mucho interés, porque a ellas asisten geólogos de todo el mundo y se tratan cuestiones de gran valor teórico y práctico. En el año 1926, tuvo lugar en Madrid uno de estos Congresos, que revistió gran importancia.

El último Congreso había despertado mucha curiosidad por el país en que se celebraba, la U. R. S. S., uniéndose a su carácter científico el turístico y el políticosocial, ya que se iban a poder apreciar los resultados de una organización socialista del Estado en gran escala. Se comprende, pues, que el número de concurrentes haya sido superior al de las anteriores sesiones, alcanzando el de inscripciones a 2.340, de las que 490 son extranjeros, y habiendo asistido 714 geólogos soviéticos y 250 extranjeros. Hay que tener en cuenta que no han concurrido los geólogos alemanes e italianos por no haberles autorizado sus respectivos Gobiernos.

Nuestro país, a pesar de las circunstancias por que atraviesa, no podía dejar de estar representado en una reunión de tal importancia, y, además, nuestra República debe aprovechar cuantas ocasiones se le ofrezcan para corresponder al entusiasmo desinteresado con que la U. R. S. S. apoya nuestra causa. Así lo comprendió el Ministerio de Instrucción pública, al nombrar para que asistiera, una comisión formada por don Gabriel Martín Cardoso, catedrático de Mineralogía de la Universidad de Madrid, don Vicente Sos Baynat, director del Instituto de Segunda Enseñanza de Castellón, don Rafael Candel Vila, Director del Instituto Ausias March, de Barcelona, y don José Royo y Gómez, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, a quien se le confirió la presidencia de la Delegación.

El interés del Congreso y el esplendor y perfección con que ha sido organizado, no ha defraudado ni a los más escépticos. Se han tratado cuestiones tan importantes como la valuación de las reservas mundiales de petróleo y de carbón, habiéndose comprobado, entre otras cosas, que de los 7.077,3 millones de toneladas de nafta que se calculan para todo el mundo, posee la U. R. S. S. 3.877,2 millones, yendo, por lo tanto, a la cabeza de las naciones petrolíferas. Las reservas de carbón mundiales se va-

lúan en ocho billones de toneladas, de las cuales corresponden a la U. R. S. S. 1.654.361 millones de toneladas. Hay que advertir que, antes de la Revolución, los Gobiernos rusos se preocupaban tan poco de las prospecciones y estudios geológicos, que el pequeño número de investigadores que había, algunos de ellos verdaderas eminencias, no les fué posible explorar más que una ínfima parte del país, desconociendo, por tanto, la mayoría de sus riquezas naturales, y así llegaron a calcular las reservas de carbón en sólo 230 millones de toneladas. Lo mismo que hemos dicho del petróleo y del carbón, puede decirse de las sales potásicas; la sal gema, la fosforita, hierro, piedras preciosas, oro, platino, etc.

La labor desarrollada por los geólogos soviéticos ha sido verdaderamente admirable, habiendo reconocido casi todo el país, cuya extensión es la sexta parte del globo, y descubierto y aprovechado grandes riquezas naturales, que han elevado considerablemente el nivel económico de la U. R. S. S. En el mapa geológico de la Rusia pre-revolucionaria, figuraban grandes blancos, significando que aquellas regiones estaban sin explorar, y se desconocía la naturaleza de sus terrenos. En el momento actual, el mapa geológico puede darse por terminado, no quedando más que algunos pequeños rincones asiáticos que están en vías de reconocimiento, a pesar de ser casi inaccesibles. Gracias a ello, han podido presentar a este Congreso un mapa geológico completo de la U. R. S. S., del cual han regalado un ejemplar a cada congresista.

Claro que toda esta labor ha podido realizarse gracias a la buena realización que han tenido los geólogos soviéticos, y, sobre todo, a la nueva organización del país y al Gobierno de Stalin, que ha dado a la Geología la importancia que merece, facilitándole todos los medios económicos precisos y el calor necesario para el gran desenvolvimiento alcanzado. Se comprende de este modo que las pocas decenas de geólogos que había antes de la Revolución se hayan elevado a algunos millares de investigadores y trabajadores de la ciencia geológica, animados de un gran afán de superación en la obra común que están llevando a cabo.

Las sesiones plenarias del Congreso se efectuaron en el Conservatorio de Moscú, en donde, además, estaban expuestos numerosos ejemplares de minerales y rocas, excelentes representantes de la ri-

queza minera de la U. R. S. S. Las sesiones, en número de diez, más la Unión Internacional de Paleontología y las comisiones se reunieron en otros tantos locales de los diversos Institutos dependientes de la Academia de Ciencias.

La Delegación española colaboró en los trabajos científicos, presentando comunicaciones que fueron muy bien acogidas y que motivaron intervenciones de geólogos de diversos países. El señor Sos presentó un resumen de sus observaciones estratigráficas, tectónicas y paleontológicas en la provincia de Castellón, como contribución al conocimiento de la Geología del Mediterráneo occidental; el profesor Martín Cardoso dió a conocer sus estudios sobre las pegmatitas de Galicia, que contienen numerosos minerales de metales raros, de gran interés científico e industrial. Aprovechando la ocasión para rendir homenaje a la villa heroica de Madrid, presenté el resultado de las excavaciones paleontológicas realizadas en sus alrededores durante los últimos años, y en las que hemos encontrado restos de elefantes (*Elephas antiquus*), cráneos, dientes y huesos de toro (*Bos primigenius*), un cráneo de bisonte (el primero descubierto en España, y el más meridional de Europa), restos de rinoceronte (los primeros descubiertos en Madrid), especies todas pertenecientes al Cuaternario, y diversos fósiles del Mioceno, entre los que destacan gigantescas tortugas (*Testudo bolivari*) y los mastodontes.

Durante el Congreso se hizo una visita a Leningrado, y en el Instituto Fiedorof, de Mineralogía, del cual es miembro, fué invitado el doctor Candel Vila a dar una conferencia que versó sobre los mineralogistas españoles.

Como presidente de la Delegación, formé parte del Consejo del Congreso, en el que se debatieron cuestiones tan importantes como el lugar en donde se tenía que celebrar la próxima sesión, y para la que había dos propuestas: una de Inglaterra y otra del Japón, decidiendo por los votos de todas las delegaciones, excepto la japonesa, que se designase Londres. También fuí honrado con una de las vicepresidencias del Congreso.

Unido al Congreso hubo diversos actos y festividades. Se efectuaron visitas organizadas por el Comité a diversos Museos, fábricas, casas de pioneros, Parque Central de Cultura y Reposo, etc., en las que se pudieron apreciar los grandes progresos efectuados durante

los últimos años en los más diversos aspectos de la vida.

Además de la excursión a Leningrado, de dos días, en la que se visitaron los principales centros científicos, el rico Museo del Ermitage, el del Artico, la fortaleza de Pedro y Pablo y el palacio y parque de Peterhof, se realizó otra de gran interés y verdaderamente agradable, al recientemente inaugurado canal Moscú-Valga, una de las maravillas de la ingeniería soviética.

Hubo también diversas recepciones acompañadas de banquetes, ofrecidas por el Comité de organización, en el Hotel Metropol, de Moscú, por la Academia de Ciencias al Consejo del Congreso, por el Soviet de Leningrado en los salones de Peterhof, por el Soviet de Moscú en la espléndida estación fluvial de Khimki, a orillas del canal Moscú-Volga; por la Voks, a los congresistas extranjeros; por último, en el gran hall del Kremlin, se celebró otra recepción dada por los Comisarios del Pueblo, a la que asistió Molotov, presidente del Consejo, acompañado de Tchubar, Mikoian, Mejlauk, Litvinof, Rukhimovitch, Bulganin, Boman, y los mariscales de la U. R. S. S., Egorof y Budiony.

Los banquetes fueron suntuosos, y estuvieron amenizados con conciertos en los que tomaron parte los más afamados artistas de la U. R. S. S. Como presidente de la Delegación española, tuve que tomar asiento en la presidencia de todos los actos, y me vi obligado a dirigir la palabra a la concurrencia, cuyo número era siempre superior a mil personas. En la recepción de Leningrado, tuvieron que hablar también los demás miembros de la Delegación, tocando la orquesta nuestro himno nacional.

Como se ve, la representación española, por lo que significaba, era distinguida con las mayores deferencias, y recibida en todas partes clamorosamente. Como botón de muestra, y para que no sean palabras nuestras las que lo manifiesten, voy a transcribir de la reseña que trajo la Prensa de la recepción en el Kremlin, los párrafos que se refieren a antes y después del discurso:

«El presidente, V. Mejlauk (Comisario del Pueblo de la industria pesada), anunció que el profesor Royo y Gómez, presidente de la Delegación española, tiene la palabra. Toda la sala se pone en pie y aclama al representante de los sabios de la República española, y «seguido de frenéticos aplausos, el presidente de la Delegación española, toma asiento en la Presidencia, invitado por los dirigentes del Gobierno soviético».

En la sesión de clausura del Congreso, pronunciaron discursos varios jefes de delegaciones, e igualmente tuve que hablar. Hice resaltar allí la gran labor llevada a cabo por los geólogos soviéticos y la perfecta organización del Congreso; tomando como base, de un lado, nuestro agradecimiento por las continuas manifestaciones de simpatía que recibían los representantes de la República española, y, de otro, la no asistencia a la reunión de los geólogos de los países que están asolando nuestro territorio, expuse en pocas palabras la obra que está realizando aquí el fascismo internacional y los efectos de los bombardeos en los centros científicos de Madrid.

Antes y después del Congreso, se realizaron diferentes excursiones de varios días de duración para conocer el país y los principales centros mineros y observar sobre el terreno su característica geológica.

A las excursiones anteriores a la sesión no nos fué posible asistir, por falta de tiempo; pero sí pudimos a las posteriores. Los profesores Martín Cardoso y Candel Vila, como mineralogistas y cristalógrafos tomaron parte en la excursión a los Urales que duró veintidós días, visitando los principales yacimientos y explotaciones mineras, entre las que se cuentan el de

cromita de Saranof, diversos de hierro (principalmente magnetita), de platino, de asbesto y esmeraldas, de oro, etc., de granates. El recorrido pasó de los ocho mil kilómetros, hecho en tren especial con coches cama y restorán y utilizando automóviles cuando tenían necesidad de alejarse de aquél.

Con el profesor Sos hice la excursión llamada de la ruta del petróleo, visitando todos los campos de nafta de la U. R. S. S. europea y de Asia Menor, comenzando por los de las cercanías de Perm al N. E. de Moscú atravesamos los Urales en su parte media (Sverdlovsk y Cheliabinsk), seguimos por Ufa a Ichimbayev y bucle de Samara en el Volga, Rostof del Don y todo el Cáucaso (Kislovodsk, Bakú, Mar Caspio, Duguestán, Mondok, Tiflis, ruta militar de Georgia, Kelassuri, Mar Negro, Gagry, Sochi, Tuapsé, Kudako, Anapa, península de Tamán y Mar de Azof), regresando por la cuenca del Donetz y por Tula a Moscú. Se hizo también en tren especial y se emplearon cuantos autos y barcos se precisaron en los trayectos que así lo requirieron. El total de recorrido ha sido de unos 15.000 kilómetros.

Tanto en una como en otra excursión se pudieron apreciar los grandes progresos realizados no sólo en la Minería y Geología, sino también en la Agricultura, en la industria y en todos los órdenes de la vida.

Pero una de las cosas que más impresionaron a todos los excursionistas fué el gran sentimiento de afecto e interés por nuestro país y nuestra causa, que se manifestó espontáneamente hasta en los lugares más apartados, en cuanto se apercibían de la presencia de la Delegación española. Es imposible enumerar la serie de entrevistas y fotografías que nos habrán hecho desde el mismo momento en que pisamos el suelo de la U. R. S. S., hasta el de la salida; las explosiones de entusiasmo en las calles o en el campo, las veces que nos habremos visto obligados a hablar en público, los obsequios que nos han hecho en los laboratorios, museos geológicos en donde llegaron a ofrecernos ejemplares expuestos en las vitrinas, etcétera.

Todo ello ha dejado huellas tan profundas en nuestro ánimo que el recuerdo de este viaje por aquel país amigo, aunque no fuera más que por estos motivos, será siempre gratísimo y hará que conservemos un eterno agradecimiento unido a la mayor admiración por el esfuerzo tan grande realizado por la U. R. S. S. en la marcha rápida hacia un mayor progreso y prosperidad de la Humanidad.

Unos valientes obreros extremeños tienen en jaque a la gente del traidor Franco

A nuestros frentes de Extramadura llegaron 22 obreros, que permanecieron en la sierra andaluza, donde a veces tuvieron que pelear con patrullas facciosas.

Casi todos son de Andalucía, mineros de Riotinto, campesinos de Sevilla, obreros cordobeses y malagueños, un practicante y un industrial.

También les acompaña Juan Bolaños Gallardo, natural de Campaño (Badajoz).

La mayoría traen fusiles, bombas de mano, pistolas y escopetas que en emboscadas heroicas capturaron a los señoritos chulos y a los nuestros tricornos.

Estos hombres andan por los montes desde los principios del movimiento con escopetas y fusiles haciendo una propaganda intensa entre los trabajadores y dificultando el tránsito a las tropas enemigas por los pasos difíciles del laberinto orográfico andaluz y extremeño.